

exteriores y «el hombre en su vivir fantasmagórico». El espacio se refleja en espejos reales, metafóricos y simbólicos, y en los laberintos y galerías. Hay una dimensión infinita. Por ella comunica el espacio con lo temporal, cronológico, psicológico, interiorizado. Tiempo y olvido se entretajan, y por el olvido «se accede a la trascendencia, y el suceso ya limpio de apoyos sentimentales, reaparece en otra forma y entra en el poema». La distancia es otra de las vertientes del análisis. Machado llegó a decir que «alma es distancia», y su vocabulario abunda en alusiones a lo cercano, distante, remoto, más allá, etc. «Este concepto de distancia presupone la presencia del autor en el poema», bien sea material o afectiva. Ahí reside el centro de la conciencia. Machado fue un obsesivo de la condensación y sus distintos modos de lograrla. Gullón se pregunta si la manera de situar la palabra en el poema no implica, a su vez, la vertebradura del lenguaje poético, cuya significación irradiante depende del acto de no gastar términos en balde. Hay otra nota continua: el uso de los verbos. Continuando en ese orden, el crítico pormenoriza la serie de técnicas machadianas: yuxtaposición, metonimia, imagen, nueva percepción, galería como imagen, ambigüedad, sinestesias, símbolo. La poesía de Machado es esencialmente simbólica, expresa en diversos niveles.

Ricardo Gullón ha sometido la obra de uno de los fundamentales poetas españoles a una desmenuzación rigurosa, sistemática, precisa. De este esfuerzo muy valioso se derivan unos resultados destacables: uno es que las relaciones que se establecen entre Machado y otros poetas abren unas vías complementarias hasta aquí no encauzadas; y otro es que el método, en general, quiebra la perspectiva que de modo más frecuente ha sido utilizada para la interpretación de una poesía (no sólo la machadiana). La persistencia de lo categórico sobre lo anecdótico se impone rotundamente. Uno cree que un poeta verdadero es siempre su biografía, mas también que hacía falta una explicación crítica como la que en este volumen se nos ha ofrecido.

Tres puntos de vista sobre Antonio Machado, y un solo Antonio Machado. Carambola a tres bandas los podríamos llamar. Ser un poeta clásico consiste en esa multiplicación de enfoques que juntos arrojan la imagen totalizadora salvándola de unas excesivas determinaciones del presente y de la erosión de los tópicos en el mal sentido.

Luis Jiménez Martos

Costumbristas cubanos del siglo XIX*

Sin que el autor tenga el voluntario deseo de ejercer el costumbrismo como género literario, bien sabido es que el costumbrismo existe en la literatura desde hace siglos.

* «*Costumbristas cubanos del siglo XIX*». Selección, prólogo, cronología y bibliografía de Salvador Bueno. Biblioteca Ayacucho. Apartado postal 14413. Caracas 1010. Venezuela. Diseño, Juan Fresán. Impreso en Talleres de Bodoni, S. A. Calle San Elías, 29-35. Barcelona.

Cualquier descripción de tipos y de escenas de la vida diaria, observadas y descritas con pormenor o con intención satírica y moralizadora, es ya costumbrismo. Hay costumbrismo en los cronistas de Indias, en Lope de Vega, y qué decir de algo tan evidente como Antonio de Liñán Verdugo con sus *Avisos y Guía de Forasteros que vienen a la Corte* (1620) y Francisco de Santos en su *Día y noche de Madrid* (1663), donde aparecen toda clase de tipos y costumbres de la Villa y Corte. Famosos son los artículos de Juan de Zabaleta *El día de fiesta por la mañana* (1654) y *El día de fiesta por la tarde* (1660).

Pero, definitivamente, el siglo XIX instaura el costumbrismo, como anticipo del realismo novelesco que va a dominar toda esta centuria. Salvador Bueno, prologuista y antólogo de esta excelente recopilación de costumbristas cubanos del siglo XIX, muy acertadamente vuelve a recordarnos los antecedentes más inmediatos del costumbrismo como género del siglo pasado: Victor Joseph Etienne (1764-1846), conocido como De Jouy, publica en Francia sus artículos de costumbres en 1811, con el seudónimo de L'Hermitte de la Chaussée D'Antin, que influirán en Larra (1809-1837), en Estébanez Calderón y en Ramón de Mesoneros Romanos.

En 1840 se publican en Londres *Head of the People: or Portraits of the English*, y en 1842 en París *Les Français peints par eux mêmes*. Hemos de señalar nosotros que, poco después, ve la luz en Madrid, en 1844, la publicación de *Los españoles pintados por sí mismos*, libro importantísimo, que irradia sobre todo el costumbrismo posterior y que marca la pauta a los costumbristas de América.

En La Habana se publica en 1852 *Los cubanos pintados por sí mismos*. Anteriormente se había publicado *Las habaneras pintadas por sí mismas en miniatura* (1847). En México en 1854 se publica *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales por varios autores*.

Más amplia exposición de todas estas publicaciones sobre este tema puede encontrarse en el completísimo libro de Margarita Ucelay Da Cal *Los españoles pintados por sí mismos*, México, 1951. Una bibliografía sumaria nos llevaría a reseñar los libros de José Victoriano Betancourt *Artículos de costumbres*, las *Escenas cotidianas* de Gaspar Betancourt Cisneros, y la *Colección de artículos satíricos y de costumbres* (1847) de J. M. Cárdenas y Rodríguez, así como los *Cuadros de costumbres cubanas* (1875) de Francisco de Paula Gelabert y los *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba* (1881) con ilustraciones de Víctor Patricio de Landaluze.

Con todos estos antecedentes bibliográficos podemos reseñar la oportunidad de este libro tan rico y frondoso dedicado a los costumbristas cubanos del siglo XIX, último de la valiosísima Biblioteca Ayacucho, cuyas publicaciones tanto ilustran sobre la diversidad americana. Son 20 escritores costumbristas los seleccionados y 87 artículos de costumbres. Los escritores son: Buenaventura Pascual Ferrer, Gaspar Betancourt Cisneros, José María Cárdenas y Rodríguez, Antonio Bachiller y Morales, Francisco Baralt, José Joaquín Hernández, Cirilo Villaverde, Manuel Costales, Licenciado Vidrieras, José Victoriano Betancourt, Anselmo Suárez Romero, Luis Victoriano Betancourt, Enrique Fernández Carrillo, José Agustín Millán, José Quintín Suzarte, José E. Triay, Francisco Valero, Francisco de Paula Gelabert, Julián del Casal y Ramón Meza, en resumen todo un siglo, pues Meza nace en 1861 y muere en 1911.

El material que ofrece esta selección de artículos de costumbres, que consta de 524 páginas, es extraordinariamente interesante y precioso, podríamos decir que hasta fascinante. El lector ve Cuba, siente Cuba en toda su abigarrada vistosidad, en todo el bullicio tropical de su muchedumbre callejera, y al mismo tiempo oye a los ilustrados cubanos que son los escritores reformistas, porque en estos artículos hay que distinguir el placer de la pura descripción, el deseo de divertir y de amenizar, y el ensayismo que precede a la descripción, y el reformismo evidente en muchos de ellos.

No cabe duda que grandes patriotas como Gaspar Betancourt Cisneros, a quien se llamó el Mesoneros Romanos cubano, o Buenaventura Pascual Ferrer desean el mejoramiento de la isla, y en sus artículos proponen soluciones. Gaspar Betancourt toma como modelos a Flores Estrada y a Jovellanos, en su artículo titulado «Trabajo: obstáculos». Como un ilustrado propone la instauración de las comunicaciones, el alumbrado, la educación, para lograr una industria y una civilización moderna. Quiere un pueblo culto y laborioso. Es contrario a los monopolios y el tema obsesionante de la instrucción aparece continuamente en sus escritos. Se hace inevitable la comparación con los norteamericanos y su riqueza agrícola, industrial y comercial.

En sus *Escenas cotidianas*, la educación del bello sexo es también objeto de preocupación, lo que también se refleja en otros escritores costumbristas. De aquí que aquella extraordinaria coetánea Gertrudis Gómez de Avellaneda sea un caso de excepción, gracias a su talento y a su capacidad de autodidacta. En el artículo «Res miser sacra», sobre pobres y mendigos, Betancourt anatemiza los hábitos de la rancia nobleza que desprecia las profesiones mecánicas, a excepción del foro, armas e iglesia, herencia de los siglos de oro españoles. La ignorancia y el analfabetismo son denunciados. Dice: «Así es que en Inglaterra hay un niño de trece que no sepa leer; en los Estados Unidos hay uno en once y en Puerto Príncipe ¡¡noventa en ciento!!», y más adelante añade: «Mire usted, señor Lugareño (éste era su seudónimo) una vela de sebo y un huevo de gallina son monedas en el Camagüey... no hay que apurarse, muchachos, porque yo denuncié que en 1838 se usan en Camagüey velas y huevos a guisa de monedas».

Si la prosa criolla en sus giros y palabras es otro de los grandes encantos de estos artículos, el lenguaje coloquial mostrado a través de sus diálogos dramáticos, en gran parte sainetescos, es también importante atractivo de estos costumbristas. No falta siquiera la transcripción del habla de los negros en sus manifestaciones más diversas: mercado, calle, bosque, ingenio e interior.

De los 87 artículos seleccionados, unos 31 están dedicados a los tipos que, en parte, fueron incluidos en *Los cubanos pintados por sí mismos*. Varios pueden ser universales, como la vecina pobre, la solterona, el pescador, el carbonero, pero en su mayoría son típicamente cubanos. He aquí la enumeración de estos tipos que cobran vida en los *Costumbristas cubanos del siglo XIX*. Son: «El mataperros», «El oficial de causas», «El testigo de estuche», «El gallero», «El médico pedante», «La vieja curandera», «La solterona», «El escritor novel», «Chicho Matalobo», «Don Crispín o el gran guagüero», «Los curros del manglar», «La vecina pobre», «El hombre cazuelero», «Guajiros», «El guardiero», «El ñañigo», «El médico de campo», «El calambuco», «Los negros curros», «Los guajiros», «El calesero», «Zacatecas», «La mulata de rumbo», «El mascavidrio», «El tabaquero», «La vieja curandera», «El pescador», «El carbonero», «El lechero», «José, el

de las suertes», «El general Sabas Marín y su familia» (sería el tipo de «El general»), «El administrador de un ingenio» y «El insolvente».

Junto a los tipos están las escenas o los cuadros, como las «Escenas campestres. Baile de negros» de Francisco Baralt, «Las tortillas de San Rafael» de José Victoriano Betancourt, «La casa de trapiche» y «El corte de caña» de Anselmo Suárez Romero, sobre el cual hay mucho que decir. A través de este costumbrista el paisaje cubano se destaca en toda su belleza y fragancia: la tierra feraz de las palmas y de los aguinaldos, de los arrieros y tocotoros, de las ceibas y de los cedros, de los cafetales y limoneros, de los cañaverales y platanales, de las grandes arboledas y de manglares.

Suárez Romero es un costumbrista poético, amante de sus tierras y de sus costumbres. Autor de la novela *Francisco* (1833-1839), su prosa lírica es una exaltación de la belleza cubana. Como propietario describe los trapiches y los ingenios con un vocabulario riquísimo. Ante la dureza de la vida de los negros esclavos y ante sus ayes y lamentaciones, Suárez Romero siente compasión, no exenta de culpabilidad y arrepentimiento. Sus paseos entre los bohíos, entre ceibas y palmas, entre granados y garzas pensativas, nos muestran un aspecto de este costumbrismo poético de un alma sensible. No otra cosa hacía la Avellaneda en su novela antiesclavista *Sab*.

Una veta de folklorismo y de etnografía aparece en el costumbrismo de Anselmo Suárez Romero y de otros costumbristas. Anselmo Suárez en el artículo titulado «Por lo que murmuran los guajiros», dice: «Hace días me dio gana de empezar a recoger décimas, décimas del monte, décimas de guajiros».

El costumbrista se convertía en folklorista no sólo en la recogida de décimas, sino de trovos, de romances y de anecdotario cubano. Y puro folklore sería, también, la descripción de trajes, de los enseres de la vida cotidiana, del hábitat en forma de bohío o de la pobre vivienda de guano. Es folklore la descripción de los danzones y bailes, rumbas, obleas y dormidos con las canciones de «La lumbiqué», «El forro del catre», «Si el mar fuera de tinta» y «Siboney».

Ahora se comprende que coetáneos de los costumbristas fueran los folkloristas. Desde Afanasiev a los Grimm hasta Antonio Machado Alvarez y Botke Politva, los estudios folklóricos comienzan en el siglo XIX a la par que el interés por el costumbrismo. La diferencia entre unos y otros la da la creación literaria. Y cierto es que los costumbristas-folkloristas cubanos son muy creadores. Claramente lo dice José Victoriano Betancourt, en el artículo «Velar un mondongo», por otra parte muy divertido: «Muy humilde es mi pretensión: pintar, aunque con tosco pincel y apagados colores, algunas costumbres, bien rústicas, bien urbanas, a veces con el deseo de indicar una reforma, a veces con el de amenizar juntamente una página».

Anselmo Suárez Romero, a este respecto, llega a la perfección en su artículo «Guajiros», donde describe con lenguaje riquísimo la comida, el traje, las fiestas, la casa. He aquí un ejemplo: «De ciento, en primer lugar los treinta son inclinados al trabajo, prefiriendo los otros comer una yuca o un boniato sin carne, y vestir mala ropa de cañamazo burdo o de burdo listado, a coger el arado, el machete y la guataca, y cultivar una tierra tan fértil como la nuestra que a nadie paga sus afanes con ingratitud. Mientras ellos se están fumando su tabaco en el taburete de cuero, la desdichada mujer, como

no tenga negra en quien descansar, lava y cocina al mismo tiempo de los hijos, que siempre son muchos... Si el hombre viste calzones de cañamazo o a lo más de listado, de pretina, y camisa de lo último, si calza zapatos de venado o de verraco, y si su sombrero es de paja de yarey, la mujer no anda mejor, antes quizá peor ataviada con túnico de zaraza, nada de medias, zapatos de mahón o de rusia, tal vez siñ pañuelo al cuello, con aretes y sortija de carey o de corajo, y feas peinetas de caguama...»

Digno de antología es, también, «La mulata de rumbo» de Francisco de Paula Gelabert, con un lenguaje delicioso, atractivamente cubano, digno de ser reproducido íntegramente aquí.

No olvidemos los elementos humorísticos del costumbrismo, que, a veces, rayan con la caricatura, tanto en algunos tipos distorsionados como en algunas escenas, lo que le hace paralelo al arte caricaturesco de algunos ilustradores de la época, colaboradores de periódicos y gacetas. El costumbrismo simplemente satírico se dirige hacia la censura de vicios y el retrato social exagerado, y puede considerarse como una faceta de la historia contemporánea, porque el costumbrismo ayuda a la historia, aunque a veces la presente deformada. Se aprende más historia en los costumbristas cubanos que en muchos manuales históricos. La reflexión moral es la «coda» de este costumbrismo humorístico, que en el fondo es una reflexión del reformismo patriótico y anticolonialista.

Este humor y comicidad se reflejan en los nombres de los personajes: Mauregato Uñilargo, Teófila Olimpia, Cipriano Taravilla, el Licenciado Sanguijuela, Chucho Matalobo, doña Criptógama, Mamerto Mosca, Licenciado Globulillo, Leocadia Bergamota y Zampallón, Benigno Buenalma, Charito Mendrugo, Cándida Alma de Dios, don Pantaleón Reyerta y muchos otros más complicados y ridículos.

No podemos dejar de citar algunos artículos como «La Habana en 1841» de Cirilo Villaverde. Aquí tenemos una ciudad preciosa, floreciente, viva, animada, bullanguera, por la que desfilan millares de quitrines y volantas, al tiempo que «por todas partes bulle un pueblo que en lujo y miseria no cede a ninguno de la tierra». Y en el artículo «Sierras de Cuzco. El baile», de nuevo vemos la vivacidad, la animación, el jaleo, la alegría de la diversión continua.

Ciertamente que estos costumbristas cubanos, verdaderos maestros del idioma, nos enriquecen con su enorme y rico vocabulario, con la gracia de sus descripciones vívidas, y al mismo tiempo nos enseñan como sólo la pequeña historia puede hacerlo. ¡Magnífica idea la de esta recopilación!

Carmen Bravo-Villasante